

IRIS



I. UM^a 172

BARCELONA, 23 AGOSTO 1903

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid

LA SUPERSTICIÓN

¡Matarla! Sí, era la única redención posible contra tamañó ultraje. Nada de vacilar ante el recuerdo de sus antiguas caricias. Todo había terminado; en su alma no podía vivir ya ningún sentimiento de ternura hacia aquella mujer.

El no comprendía, en su tosca rudeza campesina, que un ser ofendido pudiese perdonar y sufrir en silencio el dolor de la afrenta, dejando á Dios el castigo del culpable.

Ca, no señor, el que la hace debe pagarla, y, no allá arriba en el cielo, como muchas veces le había oído decir al cura de la pequeña capilla de la aldea, sino aquí abajo, en la tierra y al mismo á quien se la hizo; el dejarlo á la Providencia no eran más que tonterías, cosas de niños y de viejos que no de jóvenes como él.

Con semejante modo de pensar Antofion no vaciló, como es de suponer, en llevar á cabo su venganza, y, al efecto, apenas llegada la noche procuró abandonar su casa con el mayor sigilo posible, y, buscando los atajos más extraviados, tomó el camino de los Cerrillos, lugar donde se levantarán la casa y los molinos de su antigua novia.

Tras fatigosa marcha por elevados y peligrosos despeñaderos, Antofion se encontró de pronto frente á frente de la entonces silenciosa morada de su desdichada amante. Como si obedeciese á un plan formado ya muy de antemano, buscó sigilosamente una de las desventajadas ventanas bajas que adornaban la sencilla fachada del modesto edificio, en breves instantes forzó el débil pestillo que sujetaba las maderas y una vez abiertas saltó al interior donde permaneció inmóvil contemplando el cuadro que ante sus ojos se ofrecía.

En una habitación de regulares dimensiones, y á la pálida luz de un pequeño farolito de aceite que alumbraba una imágen de la Virgen, colocada sobre un sencilló altar situado en uno de los ángulos de la estancia, podía apreciarse un modesto y blanquísimo lecho, sobre el cual yacía profundamente dormida una preciosa joven de unos veinte años, de rubios y abundantes cabellos que, com-

pletamente sueltos, se extendían sobre la almohada

formando un marco de oro á su encantadora cabeza.

Antofion avanzó lentamente é inclinándose un poco sobre ella, miró con lúbricos ojos el medio desnudo seno de la exnovia.

—¡Oh! ¡Qué hermosa!—murmuró con voz ronca. —¿Si yo quisiera? Pero... ¡No! Esa hermosura no la deseo ya, solo su vida es la que necesito.

Y diciendo esto sacó su mano derecha, que hasta entonces había tenido oculta en uno de los bolsillos de su chaquetón, armada de una descomunal faca, levantó el brazo, intentó descargar el golpe, más de repente un ahogado grito de sorpresa se escapó de su pecho.

El pequeño farol que iluminaba la estancia se había apagado y en su lugar una tenue claridad azulada, comenzó á extenderse por todas partes al mismo tiempo que algo así como el llanto de un niño se dejó oír hacia el lugar donde estaba situado el altar de la Virgen.

Antofion miró para aquel sitio y su espanto no tuvo límite al contemplar el Niño Dios abandonado sobre el templete. La Virgen no estaba allí, la Virgen se encontraba junto á Juana, protegiendo el desnudo pecho de esta con sus divinas manos.

Antofion no quiso ver más, lanzó un rugido de fiera dominada por el terror, arrojó lejos de sí el cuchillo y veloz como el rayo saltó por la ventana dándose á correr por aquellos peligrosos despeñaderos.

Al siguiente día unos vecinos encontraron su cuerpo, completamente destrozado, en el fondo de una de las más profundas cimas de la montaña.

El infeliz víctima de su supersticiosa alucinación se había despeñado.

F. ROSUERO DE SEGURA

(Dibujo de P. Molinas)

EL VIAJE DE D. ALFONSO XIII

Acordado el viaje de S. M. el Rey por algunas provincias del Norte dió principio embarcándose en San Sebastián á bordo del yate *Giralda*, para saltar en tierra en Gijón. Poco de particular ofreció la estancia en esta ciudad, al revés de lo que había de suceder en Oviedo donde el entusiasmo de aquel vecindario rebasó todos los límites imaginables, puesto que no fueron solamente las personas mayores sino aun los niños los que atestiguaron al joven Rey toda la intensidad de su amor á las instituciones y al augusto soberano que rige hoy los destinos españoles.

Don Alfonso XIII visitó detenidamente la Catedral de Oviedo, é hizo una excursión á la gran fundición de la Felguera, en la cual pudo presenciar las principales operaciones de aquel importantísimo establecimiento metalúrgico. En dicha visita pudo verse al rey mezclado con los obreros de la fábrica, y como alguien se lamentara de que S. M. no se viese rodeado de la escolta

ordinaria ó de un cordón que impidiese el acceso hasta su persona, parece que uno de los obreros de la Felguera hubo de exclamar: —Señor, donde estamos nosotros no hacen falta soldados.



SALIDA DE S. M. EL REY Y EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS PARA VISITAR
LOS EDIFICIOS PÚBLICOS



ARCO LEVANTADO POR EL OBISPO Y CABILDO EN EL EXTREMO DE LA CALLE;
ANOMA.—TRIBUNA DEL AYUNTAMIENTO

sa adhesión de aquellos leales habitantes. Aparte de esto, no es ningún secreto la importante parte que en la recepción hecha al rey en la ciudad de los Garcías y Fruelas tomó el Sr. de Merino, yerno del

No fué menos ferviente que en Oviedo el entusiasmo con que D. Alfonso XIII fué recibido en León; la antigua corte de los Bermudos y los Ordoños estaba adornada con sus mejores galas y lucía no solamente lo que pudiéramos llamar sus pergaminos arquitectónicos sino también las nuevas fuentes de riqueza que atesora en sus modernas fábricas, especialmente *La Papelera*. Su Majestad visitó la incomparable catedral leonesa; fijándose en la particularidad de que las venerandas reliquias de San Froilán, patrono de la ciudad, estuviesen contenidas en dos urnas en vez de una sola. Hubo la correspondiente recepción y por más que, al decir de los periódicos, la gente palaciana no demostrase el mejor tacto, pudo más el amor del pueblo que las reglas que querían imponer aquellos señores, y así pudo S. M. el Rey apreciar de cerca los sentimientos de calurosa

señor Sagasta (D. Práxedes), persona que cuenta con las mayores simpatías en aquella capital. Desde León fueron S. M. el Rey y su séquito á Trubia donde pudieron admirar lo bien montada

que está aquella fábrica de cañones; S. M. disparó dos cañonazos con una pieza sistema Ordoñez y felicitó á los directores y al personal en general por el brillante



GRUPO DE MARAGATOS

estado en que se halla aquel establecimiento. Continuó luego el viaje por Avilés, y vuelta á Oviedo, donde se repitieron con más entusiasmo que nunca las demostraciones de fervoroso dinastismo. S. M. salió esta vez de Oviedo para visitar el famoso templo de Covadonga, cuna de la reconquista, después de lo cual prosiguió su excursión en dirección á Santander, debiendo verificar por tierra el viaje á causa de haberse presentado algún caso de serapimión á bordo del *Giralda*.

No hemos de repetir aquí lo que por los periódicos sabrán ya nuestros lectores en cuanto á la breve estancia de D. Alfonso XIII en la capital montañesa; baste decir que la recepción fué sumamente respetuosa, y que después de una breve estancia en aquella importantísima ciudad se embarcó para San Sebastián, donde fué recibido con imponderable júbilo. No repuesto aun, como si dijéramos, del cansancio del viaje á Asturias y León continuó S. M. á Pamplona, donde la recepción superó en entusiasmo á las más lisonjeras previsiones.



EL REY ENTRANDO EN EL PALACIO DE LA DIPUTACIÓN,
DE REGRESO DE LA CATEDRAL

(Fot. de Herman Gracia)

han dado pruebas los corresponsales madrileños, convertidos en verdaderos cronistas, pues han descrito y comentado con notable lujo de reflexiones las ventajas que de este viaje habrán de resultar.



EL REY EN «LA PAPELERA LEONESA»,
ACOMPAÑADO DEL SR. MERINO

Es de observar la honda simpatía con que en todas partes ha sido recibido D. Alfonso XIII, y como sino bastara el atractivo de su juvenil presencia han contribuido en no escasa parte á ello la gracia y la intención de no pocas frases que han llegado á ser del dominio público, revelando la privilegiada inteligencia y los generosos sentimientos del novel monarca.

Aunque no sabemos con que fundamento háblase de otros viajes que emprenderá la corte, entre ellos á Cataluña, Canarias y Andalucía. Respecto á Cataluña tiempo hace que no ha tenido la honra de acoger en su seno á las personas reales, pues desde 1888 no ha vuelto á suceder, y en cuanto á Canarias creemos será la primera vez que las visite un rey. En Mallorca si estuvo la reina doña Isabel II en 1860.

Es de notar, ahora, la actividad de que



LA ENVIDIA

La Envidia y la Calumnia, con sus dardos
que hieren, matan y terror infunden,
asedian en su cueva, cantelocas,
al pie de la montaña en cuya cumbre
la gloria y el honor y la riqueza
sus mercedes al hombre distribuyen.

De cuando en cuando, la feroz Envidia
le dice á la Calumnia: "no te turbes:
"deja en paz á los míseros que lajan:
"¡apunta el corazón de los que suben."

NEMO



E. Sala: LA MODELO



GITANERÍAS

—¿Te la igo rezalá?... Anda que poezo zojo como la noche, voy adivinate toito lo que paza por tu arma, jaze mucho tiempo.

Esto dice una gitana de las muchas que andan por Madrid siendo la molestia de todo transeunte á una muchacha que por sus trzazs podríamos decir era una de tantas modistillas madrileñas la cual de mal talante contesta á la gitana diciéndola: «Déjame, no quiero saber nada.»

—No tenga mar genio, zor de la doze, mira que te voy á dezi coza ma interesante que la que dize er gato en tiempo é furia.

—No seas molesta y vete.

—No zea tú ezconzierá, arma mía y mira este churumbé, cazi tan preziozo como tú que entoavía no pue dezi á qué zabe la grazia é Dio de hoy, y ya ve que zon la tre é la tarde.

—¡Qué pesada!

—Vamo, rozita d'abri, no zea jazina, y te zaco der confliro.

—¿Qué?

—Zi, boquita é clavé, de eze confliro tan gordo en que te jaya.

—Quita, tú que sabes.

—¿Qué no ze yo? ¿po acazo tu zojo no van iciendo po andi quiera que va, toito lo que te zuzér?

—Bueno, basta, déjame.

—¡Ea, que no, me dá jachare é verte tan malhumorá, y no me voy zin darte la meizina pa que te zarregle ezo!

—¡Si, todas sois unas embusteras!

—¡Ay, hija é mi zentraña, no blazfeme, que zi er Zeño te joye va aumentá tus peniya que ya zon mucha.

—¿Y quien te ha dicho á tí que yo tengo penas?

—¡Poz hija zi eze é er zecreto! ¿Quié que te la iga?

—No, no, márchate ya.

—¡Jozú, y que gana tiene é zer esgraciáa!

—¡Y tú que ganas tienes de darne la lata! ¿Quieres irte?

—Zi que me voy, pero ante, que quea que no te voy á contá la traizione é tu rubio.

—¿Mi rubio?

—Tu rubio, zi, ¿é mentira?

—No, eso, si es verdad.

—¿Tú lo ve? Vamo á que te la igo, trae acá eza mano y pa que vea que no te engaña te la voy á izi jasta con condición de zi no te igo la verdá, que no me de ná ¿quiere jermoza?

—Bueno, pero aquí no, ven a este portal, eso es, ahora toma la mano, pero lo primero que tienes que acertar es mi nombre, si no me voy.

—¿Dificilio é, pero en fin vamo á ve. Te yama... ¿Cuál é la primera letra?

—¡Anda si te digo eso no tiene gracia!

—No zea ezaboria, zi é que é lo único que jay borrao.

—Consiento; pues empieza con M.

—¡Tú ve, zi ya lo ezía yo, te llama María.

—Has perdido, por que me llamo Magdalena.

—Pero nifia no zea tan aligerá, zi no ma dejao concluí, ¿ó é que va á negá que en tu fé é bautismo ize María Madalena?

—Bien dejemos esto y vamos á lo que me interesa.

—Po verá. Esta raya que aquí vé, me está iziendo que tú está loquita d'amó po un hombre rubio. (Magdalena suspira) Este rubio é un guen mozo, mu guapo.

—¡Ya lo creo!

—Gueno, po aquí lo malo é que ér é un dezagrazieo y tiee otro queré.

—Sigue, sigue.

—E zetraño, ¡pos no zé ma nublae la vista! é naturá, como no he comío entoavía...

—Vamos, toma una peseta para que comas, pero antes tiene que mirar bien á ver que descubres más; anda.

—¿Esto que é, una blanca? ¡Mare er zielo y que bendita que ere, zi ya lo ige yo, zi con eza carita tan prezioza tenía que tené zentraña é fróre, zi.

—Mujer sigue por favor y luego ma darás las gracias.

—Trae aquí la mano otra ve, que te voy ha izi toito lo que tu quiera, fresquito é agosto.

—No, dime la verdad nada más. Decías antes que él tenía otro querer.

—Ezo é, pero caya, que to ezo ze va á poé arreglá.

—¡Será posible! ¿Y cómo?

—Ajora verá: en esta rayita tan chiquitiya que jay aquí, ize que er rubio zacerda é ti, mucha veces.

—¿De veras?

—¿Tengo yo cara é mentiroza, nifia?

—Sigue.

—Ize aemá, que como tú ponga é tu parte argo, zará to pa ti.

—¿Y qué hago yo, Dios mío?

—Yo te lo voy á dizi, pero t'arvierto que esto á cuar- quiera le costaría un capitá, pero á ti por ze tan parezía a la vigen der Carmen, te lo voy á izi é varde.

—Gracias, pero dílo pronto.

—Ayá va. (La gitana se mete la mano en el pecho y saca de él un papel pequeñito) ¿Ve, esto?

—Sí.

—Po aquí jay, uno porvo milagrozo que ze yaman: «Porvo é l'amó y que zirven pa curá toita la coza der queré. Gueno ajora me va á dizi zi tú te vé con é.

—Ya no, huye de mí, seis cartas le llevo escritas des de que regañamos y ni se ha dignado contestarlas.



—¡Qué mala zangre! Po mira lo que é ajora te va á contestá.
 —¡Cái no lo conoces.
 —Tú caya y jaze lo que yo te iga. Le manda otra carta, pero; ¡mu durzel zitándolo, y...
 —No sigas, no resisto otro nuevo desprecio.
 —Gueno, entonze que ze lo yeve la otra.
 —¡Oh! Eso nunca, sigue, le escribiré.
 —Azí me gusta, que razione. Le manda la carta le jecha drento esto porvo y andispné yo te juro por la zalú de tóo mi churumbele que er rubio acude y tan enamoraó que te v'arrezurtá empalagozo.
 —¿Y esos polvos de qué son?
 —Mira tú una coza que no pueo izirte poique lo he jurao, pero tómaló zin mico que nó zon ná malo.
 —Bueno, pero... no me fio. ¿Qué haré? Dámelos y déjame, no quiero saber nada más; toma por los polvos y adió.
 —¡Otra pezetá! Vete con la vigen, estreyyita er ziello, premita Dio que... caya po zi ya no me joye, y como corre gueno, zalú... y ajora vámono nozotro Juaniyo; que lo que é joy come tú la zopa con morziya.
 Y la gitana acomodándose el chico á la cintura marchó de aquel sitio, pensando que había hecho un buen negocio.

Son las siete de la noche, en una calle de esas por donde casi nunca pasa nadie, hay una mujer que con mucha ansiedad mira á todos lados como esperando ver algo que le interesa; es Magdalena que tras breve lucha ha puesto en práctica el plan que le dió la gitana y espera de un momento á otro al hombre que quiere que ha de venir loco de cariño á pedirle perdón por sus pasados desvios; pero pasa media hora, y nada. ¿No vendrá? ¿Se habrían burlado de ella? No, la gitana no había mentido, era hechicera y si nó como era posible que desde el primer momento hubiese adivinado el estado de su corazón. El vendrá. ¡Ya está ahí, no cabe duda es él! ¡Sí, era verdad! Se acerca, no se ve bien pero no puede ser otro pues se dirige hacia donde ella está, sin embargo, parece más bajo, ¿se habrá engañado? «¡Magdalena!» grita el que viene y ella al oír aquella voz da un paso atrás diciendo con un espanto indescriptible: «¡Mi padre!!»

En efecto, él era, que por el mismo hombre á quien su hija tanto quería había sabido sus locuras y rojo de indignación y vergüenza fué á buscarla al instante para recriminarla su fea conducta.

Cuando Magdalena se enteró de esto y dióse cuenta de su situación tan poco favorable púose desamente pálida, pasóse una mano por la frente y mirando á su alrededor con ojos extraviados murmuró con rabia.

—¡Maldita sea la gitana!!

Próximamente á la misma hora que esto ocurría; allá, en un barrio extremo de Madrid de los más pobres, en una casa de miserable aspecto de esas que solo tienen planta baja, sin puerta, con un pasillo muy negro dando entrada á un patio no grande donde hay cuatro habitaciones ó mejor dicho cuchitriles, que sirven de albergue á unos cuantos desheredados de la fortuna; volvemos á encontrar á la gitana rodeada de una plebe de chicos que prorrumpen en gritos de alegría al ver que su madre coloca en un taburete de madera una gran cazuela de sopas en la que puede verse algunas tajadas de un color negruzco. Los muchachos blandiendo sus respectivas cucharas de palo se sientan en el suelo alrededor de la comida locos de entusiasmo y la gitana coge otro taburete y se sienta también; sus hijos al verla hacen ademán de empezar á comer; pero ella les da un grito, diciéndoles: «Estarz quieto, condenao, er que meta la cuchara ante que yo lavize le jecho ar patio y ze quea zin comé.»

Ante aquella amenaza los chicos se quedan con la cuchara en lo alto, pero hay uno, el mayor que más atrevido ó más hambriento dice: «Pero mare, mizte que tenemo mucha jambre.

—Ajora comeré, endino, pero ante jay que pedí ar Zefé que le de toa claze é zuerte á la niña é lo zojo negro que é la que hoy zus da la morziya.

C. G. G. T.

ELLA

Morena por el sol de mediodía
 que en llama de oro fúlgido la baña,
 es la agreste beldad del alma mía,
 la rosa tropical de la montaña.
 Díole la selva su belleza ardiente,
 díole la palma su gallardo tallo;
 en su pasión hay algo del torrente
 que se despeña desbordado al valle.
 Sus miradas son luz, noche sus ojos;

el amor en su rostro centellea,
 y late el beso entre sus labios rojos
 cuando desmaya su pupila hebrea.

Me tiembla el corazón cuando la nombro,
 cuando sueño con ella me embeseo.
 Y en cada flor con que su senda alfombró,
 pusiera un alma como pongo un beso,

MANUEL M. FLORES

PEPITORIA

UNA MÁXIMA, por Novejarque

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 34.º de regalo, del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA ROSA

Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.

La piel de león, por Carlos de Bernard.

El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.

La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.

El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.

Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.

El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle Adam.

Sin trabajo, por Emilio Zola.

Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molènes.

El maestro de escuela, por Federico Soulié.

La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.



JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

MADRID NEGACION

E. BERNABEU TORREGROSA

Las soluciones en el próximo número

..

Para emprender caminatas y llegar del mundo al fin sin miedo á sufrir de callos, no hay como el LADIVONSIM.

EPIGRAMAS

El calavera Gaspar ya viejo, en vez de llorar amorosos desengaños, exclama con gran pesar: —¡Oh quien tuviera quince años para volver á empezar!

Fué Juana de romería con su sobrino Melchor, y no sé que pasaría que Juana desde aquel día encendiese de rubor si Melchor la llama tía.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE

CANTAR

No me quieras si no quieres, que no quiero que me quieras como quieren las mujeres cuando no quieren de veras.

MANERTO PÉREZ SERRANO

PARTICULARIDAD DE UNA DICCIÓN, por Novejarque

Buscar una palabra que exprese:

1 2 3 4 5 6 7 8

La ascendencia, linaje, ó generación de alguno

Esta palabra tiene la particularidad que según se dejan las letras que indican los números que van á continuación, expresará:

- 1 2 3 I.—En favor.
- 2 3 4 II.—Especie de chacó pequeño.
- 3 4 5 III.—Cuadrúpedo de los países fríos (hembra.)
- 4 5 6 7 8 IV.—Cierta sonida de algunos pájaros.
- 2 3 5 V.—Villa de Burgos.
- 2 7 8 VI.—Desembocadura de un río en el mar.
- 2 3 4 5 VII.—Flor.
- 2 6 7 8 VIII.—Isla de la Melanesia, descubierta por Hernando de Grijalva en 1537.
- 1 2 3 5 IX.—Parte delantera del buque.
- 1 3 6 8 X.—Parte posterior del buque.
- 2 3 6 8 XI.—Fela para uso ó adorno.
- 1 5 6 8 XII.—El Sumo Pontífice.
- 1 2 3 4 5 XIII.—Oración sin las trabas de la versificación.
- 1 2 3 6 7 8 XIV.—Lo que es peculiar en cada uno (femenino.)

SOLUCION

al pasatiempo del número anterior

Artimaña.—

Al llegar la primavera van naciendo mis cantores más brotan con la mañana y se pierden con la tarde.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

L. P. M.—Habana.—Tendré en cuenta lo que me encargas.

J. D.—Oviedo.—¡Cantares! En fin, vengan. Pero ¡lo que habrán de tardar en publicarse! A. B.—Zaragoza.—A una ingrata se titula su poesía, y completa:

Cuando recuerdo que tus ojos fueron Orla y encanto de mi amor perdido, Lánzome al gremio de los que sufrieron Para llorar lo mal que me has querido.

Se comprenden ciertas ingratitudes. Modernismo.—Zamora.—Ni aun siendo así pueden pasar las dos poesías.

J. O.—Santander.—No sirve.

J. N. P.—Tampoco sirve.

M. de S.—Madrid.—Está bien.

B. M. H.—Valencia.—Las poesías están bien, pero tenemos como unas treinta y cinco toneladas métricas de igual género.

J. R. de S.—Madrid.—Aceptado.

J. S. D.—Villena.—Le digo lo mismo que al Sr. B. M. H.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSERTAR Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL "LA IBERICA", PLAZA DE TETUÁN, 50 — BARCELONA.

Ayuntamiento de Madrid

NUEVA GUALES DEL SUR (AUSTRALIA)



CABALLERÍA: LANCIERO